

LA ROMANIZACIÓN DEL OCCIDENTE CANTÁBRICO: DE LA VIOLENCIA FÍSICA A LA VIOLENCIA SIMBÓLICA.

THE WESTERN CANTABRIAN MOUNTAINS ROMANIZATION: FROM PHYSICAL VIOLENCE TO THE SYMBOLIC VIOLENCE.

Recibido: 05/06/2011
Aceptado: 13/06/2011

Carlos MARÍN SUÁREZ

Dpto. de Prehistoria, Univ. Complutense de Madrid
curuxu44@gmail.com

David GONZÁLEZ ÁLVAREZ

Becario FPU, Dpto. de Prehistoria, Univ. Complutense de Madrid
davidgon@ghis.ucm.es

RESUMEN

Partimos de la caracterización sociocultural de los grupos castreños cantábricos como paso indispensable para comprender el sentido histórico profundo del potente cambio cultural que supuso la conquista militar del extremo norte peninsular y su inserción en el sistema imperial romano. Nuevos datos arqueológicos nos permiten discutir la información sobre las operaciones armadas de conquista que nos ofrecían las fuentes clásicas y comprender qué papeles jugaron los diferentes grupos (meseteños y cantábricos, principalmente) en aquella. Una relectura de la información arqueológica nos permitirá entender los diferentes tipos y resistencias a la romanización, básicamente uno asociado a la minería del oro y otro a un paisaje agrario.

ABSTRACT

The sociocultural characterization of Cantabrian Iron Age communities is as an essential step to understand the deep historical sense of cultural change that occurred after the military conquest of Northern Spain, and its integration into the Roman imperial system. New archaeological data allow us to discuss the view on military operations that classical sources offered us. We will understand what roles were played by different groups -of Central Iberia and Western Cantabrian Mountains, primarily- in that conquest. Also, a reading of the archaeological information will help us to understand the different types of resistance to the Roman, basically one associated with gold mining and other to agrarian landscape.

Palabras Clave: Cambio Cultural, Edad del Hierro, Asturias, León.

Keywords: Cultural Change, Iron Age, Asturias, León.

1.- Introducción.

La región centro-occidental cantábrica fue el último sector de la Península Ibérica en caer bajo el control de Roma, en el *Bellum Cantábricum*. En este estudio nos centramos en el Occidente Cantábrico (delimitado por el río Sella al este, las estribaciones occidentales de la Cordillera Cantábrica hacia poniente, en la provincia de Lugo, mientras que por el sur abarca la Montaña Leonesa). Analizaremos la conquista militar del territorio y la posterior integración y asimilación cultural de los grupos indígenas de este sector en la estructura estatal romana: tal proceso ha sido tradicionalmente denominado *romanización*. Con este objetivo será imprescindible una reflexión previa sobre el significado de dicho término y la descripción sucinta de las características culturales de los grupos castreños cantábricos, para poder así calibrar la intensidad de

los fenómenos de cambio cultural, las asimilaciones y las resistencias a tales procesos.

• Repensando la romanización.

La romanización puede entenderse como el proceso de aculturación de las poblaciones indígenas tras la conquista romana. Es un término ampliamente debatido y criticado, cuyo uso se mantiene por comodidad. Para el Occidente Cantábrico ha sido tratada, sin ánimo de ser exhaustivos (ver un amplio desarrollo en Fernández Ochoa, 2006), desde dos baluartes ideológicos que, más que interpretar los datos históricos, arqueológicos o lingüísticos, los han utilizado para justificar sus presupuestos teóricos de partida.

La corriente *indigenista*, atendiendo exclusivamente a la información textual -fuentes clásicas y epigráficas-, ha minimizado la romanización del

sector cantábrico, abogando por una perpetuación de las estructuras sociales prerromanas incluso hasta época medieval, pese a reconocer la rápida expansión del latín o de la onomástica y divinidades latinas (por ejemplo, Sánchez Albornoz, 1972-75; Iglesias, 1977; Barbero, Vigil, 1979; Pastor, 1983). Se llega a decir que “la incorporación del territorio de la primitiva Asturias al imperio romano trajo consigo profundos cambios a nivel administrativo y en la explotación de sus riquezas; (...) el sometimiento de los astures no supuso transformaciones ni profundas ni inmediatas en la organización de la sociedad, al igual que ocurrió con cántabros y galaicos” (Cid, 1990: 158). Esta corriente obvia el potencial de la Arqueología, al no incorporar en sus análisis los castros y su cultura material.

El paradigma *romanista* (*sensu* Marín, 2004: 88-89) sí tiene en cuenta la información arqueológica, aunque bajo la paradójica perspectiva de entender los castros como un epifenómeno de la romanización (Carrocera, 1990b: 136; 1994: 220). Se apreciaría un aumento en el nivel de vida de las poblaciones prerromanas a la vez que aumentaban los mecanismos de control. Como resultado la Edad del Hierro se vació de contenido, convertida en un tiempo oscuro del que poco podía decirse.

Mientras que en el primer caso se niega el cambio cultural producido tras la conquista, en el segundo éste se naturaliza. El nulo interés por los rasgos socioeconómicos de los grupos castreños es el punto común de ambas perspectivas, más allá de la repetición de ciertos tópicos extraídos de fuentes clásicas como la *Geografía* de Estrabón. Como necesario paso para superar estas visiones es preciso estudiar la romanización desde una perspectiva arqueológica y poscolonial (González Ruibal, 2006-07: 599-601). No podemos seguir tomando a las poblaciones indígenas como parte pasiva del proceso de cambio cultural. Estas no asimilarían o emularían las formas culturales de los conquistadores a mayor o menor velocidad, sino que desempeñarían un papel prioritario y activo en la continua negociación social e identitaria que se originaría con la romanización.

- **Los castreños cantábricos como “comunidades rurales profundas”.**

Para entender este proceso de cambio es fundamental exponer brevemente las características socioculturales de las poblaciones prerromanas de este sector y reconocer sus rasgos específicos respecto a otros grupos castreños, como los del Noroeste o los del Oriente Cantábrico; y, sobre todo, respecto a las sociedades del valle del Duero, que a finales del Ier milenio a.C. ya estaban organizadas en ciudades-estado *-oppida-* (Romero *et al.*, 2008).

En los últimos lustros se ha avanzado notablemente en el conocimiento de la sociedad castre-

ña (González Ruibal, 2006-07; Parcero *et al.*, 2007; Sastre, 2008; Marín, 2011). Sabemos que, de forma rápida en el tiempo -transición de los siglos IX-VIII cal AC-, los grupos nómadas de la Edad del Bronce redujeron su movilidad y construyeron poblados fortificados de pequeño tamaño en lugares prominentes. Los castros formarían una amplia red de centros autónomos, especialmente en términos políticos. No obstante, la importancia para estas comunidades de la movilidad ganadera estacional haría que los pastizales estivales de altura continuasen siendo lugares de encuentro y negociación social con otras comunidades castreñas, por lo que la atomización y el aislamiento de los grupos castreños no serían absolutos (Marín, 2009; González Álvarez, 2011).

Hacia la Segunda Edad del Hierro, los castros aumentaron de tamaño y se multiplicaron, por lo que se atisba un crecimiento demográfico. Lo particular del caso cantábrico, especialmente si lo comparamos a otros grupos castreños como los de Sur y costa occidental de Galicia (Parcero *et al.*, 2007), es que las ubicaciones conspicuas de la Primera Edad del Hierro se mantuvieron durante la Segunda y hasta la conquista romana, mientras que su tamaño nunca llegó a ser muy grande. Habría que considerar algunas excepciones, casi siempre en áreas costeras con un paisaje más abierto. Pero el paisaje cóncavo y la “conquista del valle” (Parcero, 2002) que caracterizan la fase II en el Noroeste, se encuentran prácticamente ausentes en el ámbito occidental cantábrico. Otro cambio respecto a la etapa precedente es el aumento de armas, fíbulas y elementos metálicos relacionados con la estética guerrera, así como joyas de oro presumiblemente masculinas como torques y diademas-cinturón, especialmente al oeste del río Narcea.

El pequeño tamaño de los poblados -son raros los que pasan de 1 ha-, la homogeneidad de su cultura material -especialmente en lo que se refiere a la arquitectura doméstica-, la ausencia de indicadores intragrupal de diferenciación social y el conservadurismo cultural -pensemos en la perduración de hachas de talón y anillas durante la fase I o en las formas cerámicas heredadas de la Edad del Bronce-, hacen que pensemos en la castreña como una sociedad fuertemente conservadora, anclada en la tradición y reacia conscientemente al cambio cultural. Hasta la irrupción de Roma estas comunidades mantuvieron una doxa social marcada por el *et-hos* igualitario. Esto no es contradictorio con los paulatinos pero lentos cambios que se observan a lo largo de los ochocientos años de la Edad del Hierro en el Occidente Cantábrico. Es muy llamativa tal resistencia al cambio cultural, especialmente cuando sus vecinos meridionales del valle del Duero ya habían desarrollado grandes y complejos poblados fortificados con claras diferencias internas en cuanto a arquitectura o riqueza durante la Segunda Edad

del Hierro -*oppida*-. Pese a los reiterados contactos entre meseteños y cantábricos -desde el Bronce Antiguo- en los pastos estivales y en las minas de cobre de la Cordillera Cantábrica, los segundos se mantuvieron reacios al cambio cultural y a la asimilación de elementos meseteños (fases y síntesis en Marín, 2009; 2011).

La excepción durante la Edad del Hierro la veremos en aquellos objetos relacionados con el universo ideológico guerrero -ciertos tipos de armas, fíbulas y tahalíes-, copiados o importados desde la Meseta Norte o el Sur de Galicia/Norte de Portugal, donde también se habían desarrollado ya los *oppida*. En el ámbito cantábrico, al avanzar de Oriente a Occidente se observa cómo los objetos vinculados al universo masculino basculan desde el “gran estilo meseteño” hacia “el gran estilo bracaraense” (González Ruibal, 2006-07: 297-307), siendo la cuenca del Narcea la zona de transición entre ambas áreas de influencia. Podríamos pensar que al secular *ethos* igualitario de la Edad del Bronce se le añadió un *ethos* guerrero, especialmente en la Segunda Edad del Hierro, para el cual se recurrió a formas culturales extracantábricas.

Las gentes castreñas cantábricas formaban grupos sociales encorsetados en pequeñas células -los castros- de no más de doscientos o doscientos cincuenta habitantes, caracterizados por una organización social horizontal y el desarrollo de múltiples mecanismos que, de forma consciente y activa, evitaban el establecimiento de jerarquías (*sensu* Boehm, 1993: 236, 239). Aunque no se ha de confundir ausencia de jerarquías con inexistencia de desigualdad social. El cambio cultural que generó el primer paisaje castreño fue posible gracias a la cesión de parcelas sociales por las mujeres de cada grupo hacia los nuevos hombres guerreros, encargados de la defensa del poblado frente a los castros vecinos (paralelos etnográficos en Rubín, 1986: 105). Es el tipo de sociedades indivisas definidas como “sociedades contra el estado” (Clastres, 1978), y que en nuestro caso de estudio podríamos denominar “sociedades contra el *oppidum*”.

Entre los castreños cantábricos las relaciones externas estaban fuertemente marcadas por la belicidad. El conflicto expresa los deseos de independencia política y control exclusivo sobre el territorio. La guerra cohesionaba las comunidades y les confiere un marcado sentido identitario. Los grupos castreños pueden definirse, así pues, como “sociedades guerreras”, mientras que los grupos meseteños del momento serían “sociedades con guerreros”, lo que implica un sector social especializado y diferenciado frente al resto del grupo. En la cuenca del Duero se desarrollarían sociedades divisivas, con fórmulas políticas basadas en jefaturas complejas o estados.

Toda esta información arqueológica nos permite insertar a las comunidades castreñas cantábricas

en categorías antropológicas, como la de “comunidades rurales profundas” (*sensu* Jedrej, 1995), ya que en ellos priman las formas de economía moral frente a las fórmulas de economía política propias de los *oppida* meseteños o bracaraenses (González Ruibal, 2011). Pese a la aparición de joyas de oro en el extremo occidental cantábrico (una posible forma de economía política), el Modo de Producción Germánico propio de las “sociedades heroicas” (*vid.* Parceró, 2002) no es demostrable en esta zona, así que preferimos englobar a todos los castreños del Occidente Cantábrico bajo el paraguas de las “comunidades rurales profundas”, pues así hacemos hincapié en su carácter rural, fronterizo y en su rechazo deliberado a la subordinación y asimilación cultural respecto a los grupos predominantes adyacentes y sus agentes (Jedrej, 1995: 3-4).

¿Pudieron estos pequeños grupos, acostumbrados a las pequeñas escaramuzas entre poblados y a la guerra de guerrillas, hacer frente a los ejércitos romanos? ¿Afectó la conquista romana de igual modo a las sociedades jerarquizadas meseteñas que a los pequeños grupos cantábricos? ¿Se desarrollaron formas homogéneas de romanización en las distintas zonas del Occidente Cantábrico?

2.- La violencia física.

• Fuentes escritas y fuentes arqueológicas.

Hasta no hace más de dos décadas, las exiguas y ambiguas fuentes escritas que aluden al *Bellum Cantabricum* -fundamentalmente Floro, Orosio y Dion Casio- fueron tomadas como la única vía de aproximación al conocimiento de la conquista romana del Occidente Cantábrico (Schulten, 1943; Syme, 1970). Pronto se llegaría a un punto muerto en el que las sucesivas relecturas de los testimonios documentales no generaban avances sustanciales en la investigación. La renovación ha llegado hace pocos años siguiendo la tradición europea en estudios de Arqueología militar romana (*vid.* Gilliver, 1999 como síntesis reciente). En primer lugar, desde mediados del siglo XX se avanzó notablemente en el conocimiento de las bases militares estables que los romanos establecieron en el piedemonte meseteño al término del *Bellum Cantabricum*: son los campamentos de la *Legio IIII Macedonica* -en Herrera de Pisuerga-, la *Legio VI Victrix* -en León- y la *Legio X Gemina* -primero en Astorga y luego en Rosinos de Vidriales-.

Aparte, las labores prospectivas de algunos arqueólogos provocarían un verdadero vuelco en las investigaciones. Desde la década de 1990 se documentarían escenarios de batallas, asedios y avances romanos hacia las áreas que, hasta el año 29 a.C., permanecían fuera de su control (Peralta, 2002, 2009; Cepeda, 2006; García Alonso, 2006;

Camino *et al.*, 2007; Fanjul, 2007; Didierjean, 2008; Menéndez Blanco *et al.*, 2011a; 2011b, 2011c; Serna *et al.*, 2010). El reconocimiento de los *castra aestiva* permite reconstruir con detalle las líneas de avance de las legiones y revela en qué áreas concretas se desarrolló la contienda.

- **Los escenarios de la conquista.**

Pasajes de las fuentes como la toma del *oppidum* de Lancia (Villasabariego, León), el episodio de los *brigaecinos* o los sitios de *Mons Vindius* y *Mons Medullius* centraron la atención de los investigadores en las campañas del frente occidental de operaciones -denominado *Bellum Asturicum*- en el ámbito sedimentario leonés. Solamente escuetos y discutidos pasajes como el de Orosio (*Historiarum*, VI, 21, 6-9) hacían sospechar la existencia de campañas militares en un área tan occidental como el Este de *Gallaecia*, lo que indicaría la extensión del conflicto al área montañosa del Occidente Cantábrico (Fernández Ochoa, Morillo, 1999: 35; Peralta, 2009: 252-253). Las nuevas informaciones arqueológicas parecen confirmar tal afección.

Hasta el momento, y restringiéndonos al caso de estudio, se han documentado varios *castra aestiva* jalonando sierras y cordales de amplio desarrollo, coincidentes con vías históricas a través de la Cordillera Cantábrica con una dirección dominante Sur-Norte, siguiendo el patrón conocido para el escenario oriental de la contienda (*vid.* Peralta, 2009). El ejemplo mejor estudiado es el campamento de El Picu Curriellos, al borde de la vía de La Carisa (Camino *et al.*, 2005; 2007). Otros enclaves de este tipo refuerzan la hipótesis de un avance desde el llano leonés, donde se dispondrían los *castra stativa* y algún que otro *castra aestiva*. Incluso, a la vista de nuevos campamentos como A Granda das Xarras, El Pico el Outeiro o El Chao de Carrubeiro (Menéndez Blanco *et al.*, 2011a; 2011c) cobra fuerza la idea de que la contienda afectase a zonas como O Bierzo y el Este de Lugo, lo que plantearía que yacimientos como Valdemeda (Sánchez-Palencia, 1986) o incluso Lugo (Ferrer, 1996) pudiesen haber jugado un papel importante en la contienda.

Las evidencias arqueológicas de asedios o enfrentamientos directos son parcas en el área occidental cantábrica -no así en la zona central-, restringidas al nivel generalizado de incendio documentado por las excavaciones de El Castiellu de Llagú, sobre el cual se realizarían importantes reformas arquitectónicas y urbanísticas, entre las que destacan la reforma de sus murallas y la construcción de una gran torre inmediatamente tras la conquista, que nos informaría del establecimiento en el castro de una guarnición armada con un objetivo de vigilancia viaria (Berrocal *et al.*, 2002).

- **La respuesta indígena.**

En el caso que nos ocupa, el proceso de conquista ha sido estudiado, prioritariamente, desde la perspectiva de los vencedores. Cuando se ha querido dar protagonismo a los grupos indígenas, las aproximaciones han sido superficiales y centradas en realzar la fiereza e independencia de dichas comunidades prerromanas, como parte de agendas políticas determinadas. Nuestra intención aquí es tomar en consideración a las poblaciones indígenas como parte activa de estos acontecimientos históricos.

Nadie pone en duda la clara superioridad y mejor preparación del ejército romano sobre los grupos de guerreros indígenas del Occidente Cantábrico. La maquinaria bélica romana disponía de una táctica militar depurada, miles de soldados, un sistema eficaz de aprovisionamiento... Mientras, la capacidad bélica de los grupos indígenas septentrionales era muy limitada. Sus fórmulas de lucha se basaban en acciones bélicas a pequeña escala, como saqueos, robos de ganado o la destrucción de cosechas, junto con combates singulares u otras formas de violencia ritualizada (González García, 2009). Además, las bases subsistenciales de estas poblaciones no podían sostener grandes contingentes guerreros alejados de las actividades productivas por demasiado tiempo.

Con estos antecedentes, una rápida y contundente victoria del estado romano sobre las comunidades indígenas del Occidente Cantábrico era un resultado más que previsible. Por contra, ofrecieron una feroz resistencia al invasor, respuesta ajena a cualquier valoración sensata de sus posibilidades de éxito, vista la magnitud del enemigo que avanzaba desde el Sur. El sentido de esta aparente contradicción reside en los propios rasgos culturales e identitarios de estos grupos indígenas (*vid. sup.*). Su construcción identitaria, basada en la resistencia al cambio, pueden tenerse en cuenta como un acicate a la confrontación armada, como último intento por preservar su identidad (*sensu* Hernando, 2002), aún a pesar de tener pocas perspectivas de éxito en la contienda. La inexistencia de jefaturas y estructuras políticas superiores a los propios poblados castreños sería el factor más importante que, a la vez, nos servirá para entender las diferencias entre el proceso de conquista del Occidente Cantábrico y los de otras regiones de Hispania. En el Norte el estado romano no encontraría interlocutores válidos con los que llegar a acuerdos de pactos o rendiciones. De ahí que tuvieran que realizar profundas operaciones armadas para terminar de someter a estas poblaciones indígenas.

Los *oppida* meseteños o bracarenses se habían transformado en verdaderas ciudades-estado antes de su contacto con Roma. Grupos emergentes de varones guerreros se habían apropiado de las

fórmulas de poder político y social, diferenciándose -ellos y sus familias- de sus vecinos. Estas élites pudieron presentarse como interlocutores válidos ante los conquistadores y establecer pactos de amistad con Roma a cambio del mantenimiento de sus prebendas a escala local. Como posibilidad alternativa, pudieron buscar tratados de ayuda mutua y crear confederaciones con las elites de otras ciudades-estado para hacer frente a los ejércitos romanos -tal y como se desprende de las *téseras* de hospitalidad (Peralta, 1993)-, uniendo la capacidad movilizadora de hombres y recursos de varios *oppida*, hasta constituir fuerzas amenazantes, incluso para el poderío militar romano. Tampoco hay que olvidar que los grupos prerromanos del piedemonte meseteño habían participado en las guerras civiles de Roma desarrolladas en suelo hispano durante las cuatro décadas previas al *Bellum Cantabricum* (Peralta, 2009: 247). Por contra, los grupos indígenas de las montañas occidentales cantábricas no habían participado en tales episodios, debido a la particularidad de sus relaciones sociopolíticas con sociedades alóctonas.

3.- La violencia simbólica.

Tras la conquista se aprecia una rápida reorganización territorial para incorporar estas regiones al entramado político y administrativo del estado romano. Poco después del fin de la contienda, los nuevos territorios se englobaron en la provincia recién creada de *Transduriana* (Rodríguez Colmenero, 2000: 21-22). Esta nueva unidad territorial no duró mucho tiempo ya que pronto Augusto promovió una reorganización administrativa creando cuatro nuevos conventos -*Bracarense*, *Lucense*, *Astur* y *Cluniense*-, que pasarían a formar parte de la provincia *Tarraconense* (Fernández Ochoa, 1990: 152-153). Las capitales de dos de estos conventos -*Asturica Augusta* y *Lucus Augusti*- se establecerían sobre viejas fundaciones campamentales relacionables con las guerras de conquista.

La extensión de las formas políticas y administrativas romanas fue un factor determinante en la integración de las poblaciones recién sometidas. En esta relación conquistadores-conquistados, el estado romano tomó a las comunidades locales como sujetos jurídicos y fiscales en su conjunto, permitiendo su autonomía política interna mientras se garantizase la viabilidad del sistema tributario (Sastre, 2001: 124). Por ello, si nos proponemos observar los procesos de aculturación y resistencia que se desencadenaron en el Occidente Cantábrico tras su conquista, hemos de tener en cuenta a las *civitates/populi* -subdivisión de los *conventii*-, células básicas del tejido político-administrativo del nuevo período.

Las *civitates* serían las unidades básicas para

el control tributario y el encuadramiento social de los grupos recién subordinados al estado romano. Tras la conquista, Roma concedería a las comunidades indígenas la propiedad de las tierras que ocupaban. El territorio de las *civitates* era delimitado por un agrimensor. La tierra se asignaba a la comunidad peregrina, estableciendo un vínculo jurídico de propiedad entre la comunidad receptora y sus tierras, plasmado con la elaboración de censos. El suelo tenía un carácter *stipendiarius*, por el que se pagaban impuestos al imperio. En su seno, las comunidades tenían libertad para repartir internamente sus cargas tributarias, bajo el control de los gobiernos locales. La personalidad jurídica del territorio residiría en la *civitas* propietaria, y no en los dueños de las respectivas parcelas de tierra o de las diferentes colectividades o agrupaciones que se encuentran en su interior -castros, *vici*, *pagi*...- (Sastre, 2001: 114-115, 124).

Hasta la conquista romana, no existían en el territorio cantábrico entidades políticas o poblacionales por encima de los castros, ciudades, ni jerarquización del poblamiento, lo que refuerza su clasificación como "rurales profundos", al contrario que en la Meseta Norte, donde los *oppida* serían reinterpretadas por Roma como las *civitates* que estructurarían administrativamente el territorio. Por ello, la intervención administrativa y fiscal romana exigió una reorganización mucho más profunda en la zona cantábrica. Así, se establecieron las *civitates sine urbe*, células administrativas sin aglomeraciones urbanas como núcleos (Mangas, 2008). Los centros de poder se establecerían en viejos poblados castreños que serían promocionados y reestructurados para tales funciones, o en nuevos núcleos de poblamiento en zonas llanas. A la vez, los conquistadores promocionaron unas elites locales prácticamente inexistentes en la fase prerromana, generando unas cotas de desigualdad social nunca vistas en las sociedades castreñas del ámbito cantábrico. Las nuevas elites harían de intermediarias entre las comunidades locales y el poder romano en temas como la organización y cobro de tributos -monetarios, en especie y en fuerza de trabajo para las minas de oro- (Sastre, 2001: 190-191). La organización social castreña fue completamente alterada a raíz de la integración de estas comunidades en el estado romano (Fernández-Posse, 2002).

- **Tipos de Romanización castreña.**

Analizando las distintas configuraciones resultantes de los procesos de cambio cultural tras su conquista por Roma podemos diferenciar dos zonas en las que se desarrollarían distintos formatos de romanización. Por un lado estaría el extremo occidental cantábrico, al oeste de la cuenca del Narcea, coincidiendo con las mineralizaciones auríferas más importantes sobre las cuales se iniciaría una in-

tensa actividad minera en un momento inmediato a la conquista (*vid.* Villa, 2010). Del otro lado tendríamos los territorios orientales de nuestra zona de estudio, entre las cuencas fluviales del Narcea y el Sella, caracterizados por un precoz cambio en el las formas de poblamiento, con un rápido desarrollo de los asentamientos en llano.

En ésta última los castros perderán rápidamente su sentido habitacional a lo largo del siglo I d.C. Poblados castreños de la fase II como El Picu'l Castru de Caravia no ofrecen materiales romanos (del Llano, 1919), mientras que en el cercano Picu Castiellu de Moriyón la presencia de TSH y cerámica de rojo pompeyano dentro de una de las estructuras (Camino, 1997: 59) indicaría que algunos de estos castros pudieron permanecer ocupados hasta la segunda mitad del siglo I d.C. No obstante hubo notables excepciones, como el señero castro de La Campa Torres, reinterpretado por el poder romano en un claro sentido propagandístico, con la erección en el mismo de una torre-faro similar a la de *Brigantium* (Fernández Ochoa *et al.*, 2005). Esto explicaría la perduración del hábitat hasta el siglo II d.C. y la remodelación urbanística de la llanada interior, con la sustitución de las estructuras circulares prerromanas por otras cuadrangulares (Maya, 1983). Por último, podríamos pensar que, al ser ésta una zona de *civitates sine urbe*, algunos castros prerromanos pudieron haber sido promocionados para que ejercieran la capitalidad de alguna de estas unidades territoriales, tal y como se ha propuesto para la actual Belonciu (Piloña), identificado como *Paelontium, capus civitas* de los Lugones (Arnau, 1988).

Pero sin duda es el sector con minería de oro en donde mayor es el porcentaje de castros prerromanos que prolongaron su vida tras la conquista romana. Para esta zona, y a pesar de que muchos de estos poblados -como El Chao Samartín, El Monte Castrelo de Pelóu o San Lluís- fueran fundados cientos de años antes de la conquista, la bibliografía sigue manejando el inadecuado término de "castro minero". Es importante diferenciar entre aquellos asentamientos prerromanos que, tras la conquista, fueron reutilizados para acoger al personal romano -civil y militar- encargado de gestionar la minería aurífera, como los ejemplos reseñados, de aquellos otros asentamientos fundados por Roma, de pequeño tamaño y con defensas *manu militaria* del tipo *fossa duplex*, destinados a asentar a la población minera, denominados "coronas" en la zona leonesa (Domergue, 1971: 45-46). En el sector cantábrico, este tipo de fundaciones suceden en el tiempo a los *castra aestiva* de la conquista. Así lo indicarían los estrechos paralelos con aquellos en cuanto a su fisonomía y técnicas constructivas, y las cada vez más tempranas fechas que se manejan para contemplar la puesta en marcha de la explotación minera del oro por parte de Roma, seguramen-

te en el mandato del propio Augusto. Un ejemplo temprano de estos establecimientos sería el recinto campamental de Moyapán (González Álvarez *et al.*, 2008). San Isidro sería un ejemplo semejante, aunque éste se dotaría de un carácter más estable, no por ello al margen del aire militar que denuncian sus características constructivas, como los campos de piedras hincadas de origen meseteño y probablemente aplicadas aquí por los *auxiliae* del ejército romano (Carrocera, 1990a).

Otra cosa bien distinta es que los castros prerromanos que fueron reutilizados por Roma para sus objetivos de explotación del territorio también fuesen refortificados con técnicas militares romanas, como vemos en el castro de El Pico da Mina (Villa, 2004) -fundado al menos en la fase II-, inmediato a San Isidro y también dotado de piedras hincadas en época romana. El mismo proceso se aprecia en la reforma de las defensas del castro de El Chao Samartín, con la excavación de una *fossa duplex* de tipo campamental sobre el antiguo foso prerromano de la fase II (Villa, 2007a). Pero todo esto no justifica la alusión a estos poblados como "castros mineros" ya que se estaría definiendo toda su trayectoria habitacional exclusivamente por su última fase de ocupación. Peor aún si tenemos en cuenta que en la bibliografía aún abunda el uso del término "castro minero" como sinónimo de fundaciones romanas (Sánchez-Palencia *et al.*, 2002).

Especialmente en este sector tendría sentido que algunos de estos poblados fortificados pasaran a convertirse en *caput civitatis*. Es lo que se ha propuesto para El Castelón de Coaña como cabeza de la *civitas/populus* de los Albiones, San Lluís para los Pésicos o El Chao Samartín -identificado como *Ocela*, a partir de un epígrafe (Villa, 2009: 20)- respecto a los pueblos lucenses del interior. Es probable que El Chao Samartín y San Lluís fueran también una *officinae metallorum* desde donde se ejercería de forma efectiva la supervisión administrativa y el control técnico de su entorno minero (Villa, 2006: 176-178; 2009: 17-20; Fernández Ochoa, 2006: 284).

Ya hemos descrito someramente los cambios arquitectónicos producidos tras la conquista en algunos castros. Es precisamente la arquitectura uno de los mejores medios arqueológicos de percibir la violencia simbólica: aquella que es ejercida con el consentimiento de quienes la sufren (*sensu* Bourdieu, 2000). No se trata de pensar que tras la conquista del territorio la violencia física fue sustituida por la violencia simbólica, ya que son formas complementarias de control de los grupos subordinados. La propia militarización del territorio transmontano, y su papel destacado en los sectores de minería aurífera así parece indicarlo. Más allá de golpes o castigos físicos, lo que aquí nos gustaría explorar es la potencialidad que tiene la arquitectura como elemento revelador del cambio cultural.



Fig.: 1. Estructuras romanas del “barrio alto” del castro de San Lluís (Ayande, Asturias).

Los espacios domésticos naturalizan aspectos culturales e identitarios de primer orden, a través de mecanismos como el de *habitus* (Bourdieu, 1997). Si tenemos en cuenta cómo la arquitectura castreña prerromana reforzaba la isonomía social -el *ethos* igualitario propio de los *deep rurals*- mediante unidades de ocupación de parecidos tamaños y con un urbanismo que reforzaba lo comunitario (Ayán, 2005), podremos darnos cuenta de la violencia simbólica que implicaron las reformas de época altoimperial en algunos castros. Buen ejemplo de esto serían las casas de estilo mediterráneo, con múltiples estancias, erigidas en los espacios más conspicuos de asentamientos castreños como El Chao Samartín o San Lluís. En el primer caso se trata de una auténtica *domus*, ubicada en uno de los sectores más prominentes, posible residencia de un *procurator metallorum*, a lo que unimos la reforma de muchas estructuras del poblado al modo de los *contuberniae* legionarios (Villa, 2007b; 2009).

En el caso de San Lluís observamos el mismo modelo. La acrópolis es el lugar elegido para ubicar las nuevas estructuras complejas que se superponen al caserío de la Edad del Hierro (Fig.: 1). Destaca la estructura 15 con varias habitaciones en torno a un patio y pasillo distribuidor, y la 19 que sigue el modelo militar tipo *contubernium*. Además, observamos la remodelación con muros rectos de estructuras circulares prerromanas -18-, para así integrarlas en este conjunto, mientras que otras fueron amortizadas. Es muy interesante constatar en San Lluís la convivencia de militares y funcionarios romanos junto a los indígenas gracias a los ajuares cerámicos, ya que en las estructuras recién comen-

tadas sólo aparece TSH y cerámica común romana, mientras que estos ajuares en el resto de estructuras se mezclan con cerámicas indígenas (Marín, 2007; Marín y Jordá, 2007). Creemos que tanto los profundos cambios arquitectónicos que se observan en muchos castros del Occidente Cantábrico durante la fase III, así como los abandonos generalizados de otros muchos tras la conquista, no son más que signos materiales de un nuevo orden hegemónico impuesto por la fuerza tras una conquista violenta, lo que contraponemos a la perspectiva naif que entiende estos cambios, asumidos con “entusiasmo”, como una mejora de los niveles de vida (Villa, 1997).

Lo interesante de los análisis arquitectónicos es que nos permiten rastrear un tipo de violencia, la simbólica, sin la cual es imposible mantener la hegemonía, ya que es mucho más constante, eficiente y perdurable en el tiempo que la violencia física, pues actúa casi de forma inconsciente mediante la praxis cotidiana. Donde algunos ven *entusiasmo* por la asimilación de las modas romanas nosotros vemos el nacimiento histórico de unas clases subordinadas o subalternas que no existían antes de la conquista y que paulatinamente fueron aprendiendo a tomar su lugar en la sociedad, a estructurar y comprender el mundo en las claves de los privilegiados, a mirar a través de los ojos de los conquistadores, como pronto hicieron las elites locales emergentes. Unos grupos humanos recién sometidos que comenzaron a reconocer la cultura dominante como legítima y la suya propia como ilegítima.

- **El final de los castros.**

En todo el Occidente Cantábrico es raro el castro cuya ocupación supera la fase III a (siglos I-II d.C.), aunque no quiere decir que se abandonaran masivamente tras la conquista, pues muchos tienen materiales de época altoimperial. Ello marca un claro contraste con el Noroeste, donde no es extraño que los castros sigan habitados hasta la fase III b (siglos III-IV d.C.), e incluso que perduren hasta época altomedieval (Ayán, 2008: 971-972). Como vimos, tras la reformulación administrativa del territorio sobre las *civitates*, la población pudo mantener su residencia en los mismos poblados fortificados de sus antepasados siempre y cuando pagaran los tributos. Entonces, ¿por qué se abandonaron los castros? ¿Qué tipo de poblamiento sustituyó al paisaje castreño?

Para responder a la primera pregunta tenemos que pensar en el fuerte cambio cultural que supuso la romanización para los montañeses cantábricos. Los castros en época prerromana eran entidades políticamente autónomas y símbolos de las identidades colectivas que más fuerza tuvieron: las de poblado. Tras la conquista, vivir en poblados fortificados dejó de tener sentido para los indígenas, que fueron encuadrados en nuevos territorios administrativos, en los que la fuerza identitaria del poblado perdió su razón de ser. Creemos que el abandono voluntario de los castros por parte de los indígenas fue un proceso paralelo a un cambio identitario de gran calado. Precisamente la epigrafía nos muestra cómo en los dos primeros siglos de la era las identidades indígenas aún eran locales -*castella* o castros, y *gentilitates*-, para ser sustituidas paulatinamente por las formas identitarias impuestas por Roma -las *civitates/populi*-. Es decir, los castros se abandonaron cuando los indígenas comenzaron a ver con los ojos de los gobernantes y los castros pasaron a simbolizar una realidad social obsoleta. En el sector con minería de oro, donde algunos castros tenían un papel en la organización territorial de tal actividad, ayudó a este proceso de abandono el final de la explotación masiva de oro hacia fines del siglo II d.C. (Sánchez-Palencia, 1995).

5.- Bibliografía.

- ARNAU BESTEIRO, E.
1988 La ecuación toponímica Paelontium/Belonio. Asentamientos fortificados en Piloña, Asturias. *Memorias de Historia Antigua*, 9, pp.: 137-152.
- AYÁN VILA, X.M.
2005 Arquitectura doméstica y construcción del espacio social en la Edad del Hierro del NW. Blanco, A., Cancelo, C. y Esparza, A. (Eds.): *Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica. Encuentro de jóvenes investigadores*, pp.:34-54. Univ. de Salamanca. Salamanca.
- 2008 A Round Iron Age: The Circular House in the Hill-forts of the Northwestern Iberian Peninsula. e-Keltoi: *Journal of Interdisciplinary Celtic Studies*, 6, pp.: 903-1003.
- BARBERO, A.; VIGIL, M.
1979 *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*. Crítica. Barcelona.
- BERROCAL-RANGEL, L.; MARTÍNEZ SECO, P.; RUIZ TRIVIÑO, C.
2002 *El Castiellu de Llagú (Latores, Oviedo). Un castro astur en los orígenes de Oviedo*. Real Acade-

Respecto a la segunda pregunta podemos pensar que aquellos castros que se encontraban en torno a “aglomeraciones secundarias” (*sensu* Pérez Losada, 2002) como *Lucus Asturum*, pudieron trasladarse a las mismas. Sin embargo estas nuevas formas de poblamiento son propias de la costa y grandes valles centrales. Si aunamos la información epigráfica con la arqueológica podremos llegar a la conclusión de que en la mayoría de los casos los castros fueron abandonados y sustituidos durante los dos primeros siglos de la era por un poblamiento abierto en aldeas situadas en las inmediaciones de los mismos, germen del posterior paisaje aldeano altomedieval (Fernández Mier, 1999).

4.- Conclusiones.

Teniendo en cuenta el carácter no jerárquico y políticamente autónomo de las comunidades montañesas cantábricas, caracterizado bajo el modelo antropológico de las “comunidades rurales profundas”, podemos entender cómo la conquista violenta del territorio y su posterior inmersión en un sistema estatal predatorio, cuyos objetivos fundamentales eran cobrar impuestos y explotar masivamente los recursos auríferos, supuso un duro choque cultural. Un cambio de ser sin parangón en el ámbito peninsular que, sin duda, provocaría un profundo estado de ansiedad y de desorientación generalizada. Las pequeñas comunidades castreñas del Occidente Cantábrico, acostumbradas durante toda la Edad del Hierro a la resistencia cultural, no pudieron hacer frente a un enemigo tan poderoso como el naciente Imperio romano, por lo que, a partir de la conquista, el escenario de negociación social e identitaria de los grupos castreños se caracterizaría más por la asimilación que por la resistencia.

La romanización supuso el primer cambio cultural de hondo calado en el ámbito cantábrico. Históricamente significó la aparición de la jerarquización social y de una desigualdad de género desconocida hasta el momento. Se trata del acta de nacimiento de las sociedades campesinas y del modo de vida aldeano, tal cual se proyectó en este ámbito peninsular hasta hace tan sólo unas décadas.

- mia de la Historia. Madrid.
- BOEHM, C.
1993 Egalitarian Behavior and Reverse Dominance Hierarchy. *Current Anthropology*, 34, 3, pp.: 227-254.
- BOURDIEU, P.
1997 **Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción.** Anagrama. Barcelona
- 2000 **La dominación masculina.** Anagrama. Barcelona.
- CAMINO MAYOR, J.
1997 Excavaciones en los castros de la ría de Villaviciosa. *Cuadernos de Cubera*, 9, pp.: 43-86.
- CAMINO MAYOR, J.; VINIEGRA PACHECO, Y.; ESTRADA GARCÍA, R.
2005 **La Carisa. Ástures y romanos frente a frente.** CajAstur. Oviedo.
- CAMINO MAYOR, J.; VINIEGRA PACHECO, Y.; ESTRADA GARCÍA, R.; RAMOS OLIVER, F.; JIMÉNEZ MOYANO, F.
2007 El campamento y la vía de La Carisa. Reflexiones arqueológicas y militares. **Fernández Tresguerres, J.A. (Ed.): Astures y romanos: Nuevas perspectivas**, pp.: 61-93. RIDEA. Oviedo.
- CARROCERA FERNÁNDEZ, E.
1990a El castro de San Isidro: informe de las excavaciones arqueológicas 1986. **Excavaciones Arqueológicas en Asturias**, 1, pp.: 157-162.
- 1990b La cultura castreña en Asturias. **Historia de Asturias, Tomo I. Prehistoria-Historia Antigua.** La Nueva España. Oviedo, pp.: 121-136.
- 1994 Estudio crítico de la cultura castreña asturiana. **Trabalhos de Antropologia e Etnologia**, 34, 3-4, pp.: 213-221.
- CEPEDA OCAMPO, J.J.
2006 Los campamentos romanos de La Poza (Cantabria). **Morillo Cerdán, A. (Ed.): Arqueología militar romana en Hispania. Producción y abastecimiento en el ámbito militar**, pp.: 683-690. Univ. de León. León.
- CID LÓPEZ, R.M.
1990 La sociedad Astur bajo la Dominación Romana. Pervivencias Indígenas. **Historia de Asturias, I. Prehistoria-Historia Antigua**, pp.: 157-176. La Nueva España. Oviedo.
- CLASTRES, P.
1978 **La sociedad contra el estado.** Monte Ávila Editores. Barcelona.
- DIDIERJEAN, F.
2008 Camps militaires romains et archéologie aérienne: méthodologie et données nouvelles. *Saldvie*, 8, pp.: 95-115.
- DOMERGUE, C.
1971 Las minas de oro romanas de la provincia de León: razones de una excavación arqueológica. **Tierras de León**, 14, pp.: 37-51.
- FANJUL PERAZA, A.
2007 El Castiellu de Valláu. Un posible campamentu romanu na vía Lleitariegos. **Asturies: memoria encesa d'un país**, 23, pp.: 96-97.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M.D.
2002 Tiempos y espacios en la Cultura Castreña. **Blas Cortina, A., de & Villa, A. (Eds.): Los poblados fortificados del noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la Cultura Castreña**, pp.: 81-95. Ayto. Navia. Navia.
- FERNÁNDEZ MIER, M.
1999 **Génesis del territorio en la Edad Media. Arqueología del paisaje y evolución histórica en la montaña asturiana.** Univ. de Oviedo. Oviedo.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C.
1990 Roma y la conquista del Norte Peninsular. **Historia de Asturias, Tomo I. Prehistoria-Historia Antigua**, pp.: 137-156. La Nueva España. Oviedo.
- 2006 Los castros y el inicio de la romanización en Asturias. *Historiografía y debate. Zephyrus*, 59, pp.: 275-288.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C.; MORILLO CERDÁN, A.
1999 **La tierra de los astures. Nuevas perspectivas sobre la implantación romana en la antigua Asturias.** Trea. Gijón.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C.; MORILLO CERDÁN, A.; VILLA VALDÉS, A.
2005 La torre de Augusto en La Campa Torres (Gijón, Asturias). Las antiguas excavaciones y el epígrafe de Calpurnio Pisón. *Archivo Español de Arqueología*, 78, pp.: 129-146.
- FERRER SIERRA, S.
1996 El posible origen campamental de Lucus Augusti a la luz de las monedas de la Caetra y su problemática. **Rodríguez Colmenero, A. (Ed.): Lvcvs Avgvsti I. El amanecer de una ciudad**, pp.: 425-446. Fundación Pedro Barrié de la Maza. A Coruña.
- GARCÍA ALONSO, M.
2006 El campamento de campaña de El Cincho (Cantabria). **Morillo, A. (Ed.): Arqueología militar romana en Hispania. Producción y abastecimiento en el ámbito militar**, pp.: 549-566. Univ. de León. León.
- GILLIVER, C.M.
1999 **The Roman Art of War.** Tempus. Stroud.
- GONZÁLEZ ÁLVAREZ, D.
2011 Movilidad ganadera entre las comunidades castreñas cantábricas: el valle del Pigüeña (Asturias) como caso de estudio. **OrJIA (Ed.): Actas de las II Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica (2009).** Madrid. e/p.
- GONZÁLEZ ÁLVAREZ, D.; MENÉNDEZ BLANCO, A.; ÁLVAREZ MARTÍNEZ, V.
2008 El campamento de Moyapán (Ayande, Asturias). *Férvades*, 5, pp.: 363-371.
- GONZÁLEZ GARCÍA, F.J.
2009 Between warriors and champions: warfare and social change in the Later Prehistory of the North-Western Iberian Peninsula. *Oxford Journal of Archaeology*, 28, 1, pp.: 59-76.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A.
2006-07 **Galaicos: Poder y Comunidad en el Noroeste de la Península Ibérica (1200 a.C. - 50 d.C.).** A Coruña: Museo de San Antón, Brigantium 18-19.
- 2011 The politics of identity: ethnicity and the economy of power in Iron Age northern Iberia. **Cifani, G. y Stoddart, S. (Eds.): Landscape, ethnicity and identity in the archaic Mediterranean area.** Ox-bow Books. Oxford, e/p.
- HERNANDO GONZALO, A.
2002 **Arqueología de la Identidad.** Akal. Madrid.
- IGLESIAS GIL, J.M.
1977 Estructura social, poblamiento y etnogenia de Cantabria. **Memorias de Historia Antigua**, 1, pp.: 179-187.
- JEDREJ, M.C.
1995 **Ingessana: The Religious Institutions of a People of the Sudan-Ethiopian Borderland.** Brill. Leiden.
- LLANO ROZA DE AMPUDIA Y DE VALLE, A.
1919 **El libro de Caravia.** Imprenta Gutenberg. Oviedo.
- MANGAS MANJARRÉS, J.
2008 Límites exteriores e interiores del territorio de las civitates astures. **Mangas, J. y Novillo, M.A. (Eds.): El territorio de las ciudades romanas**, pp.: 83-106. Sísifo. Barcelona.
- MARÍN SUÁREZ, C.
2004 *Historiografía de la Edad del Hierro en Asturias. Complutum*, 15: 75-97.
- 2007 Los materiales del castro de San Lluís (Allande, Asturias). *Complutum*, 18, pp.: 131-160.
- 2009 De nómadas a castreños. Los orígenes de la Edad

- del Hierro en Asturias. **Marón, C. y Jordá, J.F. (Eds.): Arqueología castreña en Asturias**, pp.: 21-46. Entemu 16. UNED-Asturias. Gijón.
- 2011 **De nómadas a Castreños. El primer milenio antes de la era en el sector-occidental cantábrico.** Tesis Doctoral, Dept. Prehistoria, UCM.
- MARÍN SUÁREZ, C.; JORDÁ PARDO, J.F.
- 2007 Las cerámicas indígenas del castro de San Lluís (Allande, Asturias). **Fanjul Peraza, A. (Ed.): Estudios Varios de Arqueología castreña. A propósito de las excavaciones en los castros de Teverga (Asturias)**, pp.: 135-152. IEPA. Madrid.
- MAYA GONZÁLEZ, J.L.
- 1983 La cultura castreña asturiana. Su etapa romano-provincial. **Lancia**, 1, pp.: 221-262.
- MENÉNDEZ BLANCO, A.; GONZÁLEZ ÁLVAREZ, D.; ÁLVAREZ MARTÍNEZ, V.; JIMÉNEZ CHAPARRO, J.I.
- 2011a Nuevas evidencias de la presencia militar romana en el extremo occidental de la Cordillera Cantábrica. **Gallaecia**, 30.
- 2011b Un nuevo campamento militar romano en El Páramo leonés: Huerga de Frailes. **Argutorio**, 26, pp.: 32-35.
- 2011c La conquista romana del Occidente Cantábrico: novedades arqueológicas. **IV Jornadas de Jovens em Investigação Arqueológica (Faro 2011)**.
- PARCERO OUBIÑA, C.
- 2002 **La construcción del paisaje social en la Edad del Hierro del Noroeste ibérico.** Fundación F.Macineira - Ortegalia. Ortigueira.
- PARCERO OUBIÑA, C.; AYÁN VILA, X.M.; FÁBREGA ÁLVAREZ, P.; TEIRA BRIÓN, A.M.
- 2007 Arqueología, Paisaje y Sociedad. **González García, F.J. (Ed.): Los pueblos de la Galicia céltica**, pp.: 131-258. Akal. Madrid.
- PASTOR MUÑOZ, M.
- 1983 Aspectos de la romanización de la Asturias Transmontana: Prosopografía y Sociedad. **Lancia**, 1, pp.: 199-220.
- PERALTA LABRADOR, E.
- 1993 La tesera cántabra de Monte Cildá (Olleros de Pisuerga, Palencia). **Complutum**, 4, pp.: 223-226.
- 2002 Los campamentos de campaña (castra aestiva): evidencias científicas y carencias académicas. **Nivel Cero**, 10, pp.: 49-87.
- 2009 Las Guerras Cántabras. **Almagro, M. (Ed.): Historia Militar de España. Prehistoria y Antigüedad**, pp.: 247-265. Laberinto. Madrid.
- PÉREZ LOSADA, F.
- 2002 **Entre a cidade e a aldea. Estudio arqueohistórico dos "aglomerados secundarios" romanos en Galicia.** Museo de San Antón, Brigantium 13. A Coruña.
- RODRÍGUEZ COLMENERO, A.
- 2000 El más antiguo documento (año 15 a.C.) hallado en el Noroeste Peninsular Ibérico. **Cuadernos de Estudios Gallegos**, pp.: 112-9-42.
- ROMERO CARNICERO, F.; SANZ MÍNGUEZ, C.; ÁLVAREZ SANCHÍS, J.R.
- 2008 El primer milenio A.C. en las tierras del interior peninsular. **Gracia Alonso, F. (Ed.): De Iberia a Hispania**, pp.: 649-731. Ariel. Madrid.
- RUBÍN, G.
- 1986 El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo. **Nueva Antropología**, 30, pp.: 95-145.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J.
- 1986 El campamento romano de Valdemeda, Manzaneda (León): ocupación militar y explotación aurífera en el NW peninsular. **Numantía**, 2, pp.: 227-243.
- 1995 Minería y metalurgia de la región astur en la Antigüedad. **Astures. Pueblos y Culturas en las fronteras del Imperio Romano**, pp.: 141-157. Gran Enciclopedia Asturiana. Gijón.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J.; OREJAS, A.; SASTRE PRATS, I.
- 2002 Los castros y la ocupación romana en zonas mineras del Noroeste de la Península Ibérica. **Blas, M.A., de, y Villa, A. (Eds.): Los poblados fortificados del noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la Cultura Castreña**, pp.: 241-259. Ayto. de Navia. Navia.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, C.
- 1972-75 **Orígenes de la nación española. Estudios críticos sobre la Historia del reino de Asturias.** IDEA. Oviedo.
- SASTRE PRATS, I.
- 2001 **Las formaciones sociales rurales de la Asturias romana.** Ed. Clásicas. Madrid
- 2008 Community, Identity, and Conflict. Iron Age Warfare in the Iberian Northwest. **Current Anthropology**, 49, 6, pp.: 1021-1051.
- SCHULTEN, A.
- 1943 **Los cántabros y astures y su guerra con Roma.** Espasa-Calpe. Madrid.
- SERNA GANCEDO, A.; MARTÍNEZ VELASCO, A.; FERNÁNDEZ ACEBO, V. (EDS.)
- 2010 **Castros y castra en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del hierro a las guerras con Roma. Catálogo, revisión y puesta al día.** ACANTO. Santander.
- SYME, R.
- 1970 The Conquest of North-West Spain. **Legio VII Gemina**, pp.: 79-107. Diputación Provincial de León. León.
- VILLA VALDÉS, A.
- 1997 Las explotaciones Auríferas Romanas de el valle (Asturias). Un Modelo de Investigación Arqueológica en el contexto de la Minería Moderna. **Actas del 49 Congreso Internacional de Americanistas (Quito, 1997)** <<http://www.naya.org.ar/miembros/congresos/contenido/49CAI/Valves.htm>>.
- 2004 Poblados y recintos fortificados en tierras de los Oscos. **Campo del Tablado: Revista asturgalaica de cultura**, 1, pp.: 85-95.
- 2006 El Pico San Chuis: Reseña de un yacimiento pionero en la investigación castreña en Asturias. **Sautuola**, 12, pp.: 167-179.
- 2007a El Chao Samartín (Grandas de Salime) y el paisaje fortificado en la Asturias Protohistórica. **Moret, P. y Berrocal, L. (Eds.): Paisajes fortificados en la Protohistoria de la Península Ibérica.** Real Academia de la Historia. Madrid, pp.: 191-212.
- 2007b La excavación arqueológica del castro de Chao Samartín en el período 1999-2002. Precisiones sobre su origen y pervivencia. **Excavaciones Arqueológicas en Asturias**, 5: 123-134.
- 2009 ¿De aldea fortificada a *Caput Civitatis*? Tradición y ruptura en una Comunidad Castreña del siglo I D.C.: El Poblado de Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias). **Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid**, 35, pp.: 7-26.
- 2010 El oro en la Asturias Antigua: beneficio y manipulación de los metales preciosos en torno al cambio de era. **Fernández Tresguerres, J.A. (Ed.): Cobre y Oro. Minería y metalurgia en la Asturias prehistórica y antigua**, pp.: 83-125. RIDEA. Oviedo.



MUSEO

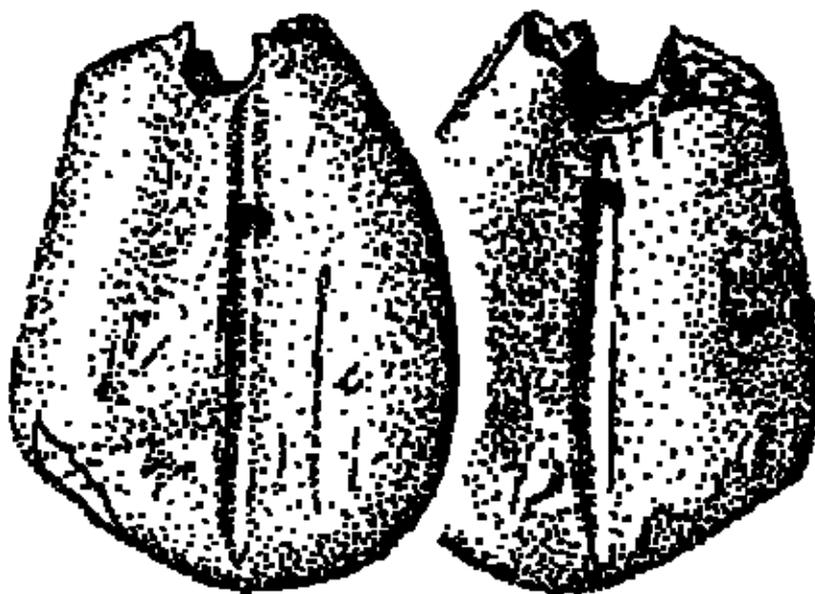
de Prehistoria e Arqueoloxía
de Vilalba

Férvedes
ISSN: 1134-6787
Nº 7, 2011
Vilalba (Lugo)

Férvedes

Revista de Investigación

Nº 7



2011

E. RAMIL REGO & C. FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ (Ed.):
2 CONGRESO INTERNACIONAL DE ARQUEOLOXÍA DE VILALBA